

CINE



CRITICAS — NOTICIAS

TRIUNFO AMPLIO DEL TEATRO DE LA CIUDAD DE MONTEVIDEO

Buenas perspectivas para nuestro naciente teatro profesional. Anoche, con motivo de iniciar su temporada en el teatro Odeón un nuevo elenco de esas características, encabezado por Concepción Zorrilla, Enrique Guarnero y Antonio Larreta, el público comó materialmente esa sala, siguiendo con vivo interés el desarrollo de la pieza que sirvió a esa presentación y demostrando con nutridos aplausos su aprobación a una versión escénica en la que todo fue dispuesto con exacto sentido de su funcionalidad.

La obra elegida para este acontecimiento, se titula "Ejercicio para cinco dedos" y es original de otro iracundo inglés: Peter Shaffer.

Evidentemente, el autor hace singular pareja con John Osborne, el aullador británico más conocido entre nosotros. Pero tiene otro estilo, su formulación es más diplomática. En "Ejercicio para cinco dedos" no hay malas palabras, no hay impulsos groseros, tan característicos de la nueva escuela teatral que tanto se va difundiendo por el mundo. Peter Shaffer hace galas, por el contrario, de un lenguaje comúnmente pulido, trabajado, más que a golpes de escopio, a desgaste de buril. Su diálogo es pulcro, aunque cortante y peligroso; y cuando expone su filosofía, lo hace con una dialéctica convincente, propia de una conciencia sincera. Pero debajo de toda esta forma dorada yace un sedimento viscoso y sucio. Estamos de nuevo frente al vicio social tan antiguo, de la sodomía, que parece haberse acrecentado después de la última guerra, en proporciones fabulosas. Aparece muy velado, se entiende, sin que aflore abiertamente a la superficie. Es más bien un hálito en la obra, un tenue latido capaz de pasar desapercibido sin

la agudeza o la prevención; pero está como un testimonio de esa protesta que la "juventud quemada" de hoy tiene siempre pronta contra la juventud de ayer.

Porque estamos otra vez con la acusación sin pausa hacia la generación anterior, estamos de nuevo ante la desinteligencia entre padres e hijos. Problema eterno que antes se resolvía con algún bofetón dado oportunamente al mocoso impertinente que pretendía alzarse más allá de la punta de sus pies. Entonces, los hijos acataban. Tenían la moral en la sangre, aún metida por medios contundentes. Ahora, acusan, discuten y reprochan. ¿Hacen algo? ¿Construyen? ¿Va mejor el mundo? No. Ellos acusan y reprochan. Y se sienten infelices, descontentados, y se dan a la bebida, a los estupefacientes o a la introversión.

Por lo menos, tal es el panorama que nos describen los autores iracundos, panorama que puede dar lugar a temas teatrales incitantes, como ya se ha visto que acontece; pero que, a nuestro juicio, no refleja una verdad fundamental sobre la vida y el hombre contemporáneos. Creemos sinceramente que tales descripciones pueden ser reales en casos aislados, pues estimamos que, frente a esa minoría de "niños terribles", hay toda una juventud que se prepara para afrontar la vida ventajosamente, una juventud que estudia y que se esfuerza por labrarse su propio destino. Creemos que la pureza aún existe.

Por eso no podemos estar de acuerdo con las ideas desarrolladas por el autor o de las sugerencias que se desprenden del evento dramático. Aunque no dejamos de reconocer que hay en la obra teatro más que suficiente como para provocar un impacto seguro y eficaz en el áni-

mo colectivo. Peter Shaffer sabe dibujar los personajes, sabe crearles una vibración humana, sabe hasta justificarlos. Y en cuanto al manejo de las situaciones, denota una consumada sagacidad.

En el comentario que antecede va implícito el tema: la desarticulación del hogar, por incompreensión en unos, por intolerancia en otros. El padre es un fabricante que ha cimentado la base familiar en la riqueza; la madre tiene veleidades artísticas y un cerebro de pez; y los hijos, ella, Pam, tiene catorce años y ya sabe muchas cosas que ignoraban antes los de veinte; y él, Clive, el muchacho, es taciturno, concentrado, esquivo. En la casa de campo que habitan, viven como quieren, es decir, viven discutiendo, porque la discusión de problemas tortuosos parece ser la fórmula ideal de los iracundos. Han traído a la casa un preceptor para la niña, un alemán, hijo del comandante de un campo de concentración durante la guerra y que ha huido horrorizado del lado de su padre, llegando a Inglaterra con la finalidad de orientar su vida en un mundo mejor.

Entre la madre y el preceptor se suscita un acercamiento puramente espiritual que una vez llega a ser demasiado estrecho, precisamente cuando son sorprendidos por el hijo, que no habrá de sentir celos como tal sino de otra índole. He ahí expuesto el asunto cuya aridez se encuentra atenuada —ennoblecida, diríamos— por la forma verbal y por una versión española hecha con suma inteligencia por Antonio Larreta en la que, posiblemente, habrán sido atenuadas ciertas asperezas.

En este primer contacto con el público, la compañía, que el sugestivo título de Teatro de

la Ciudad de Montevideo, dio buena prueba de su potencialidad.

La puesta en escena y la dirección estuvieron a cargo de Antonio Larreta, quien supo ajustar los menores detalles en tono, recitación, clima, etc., para no traicionar en lo más mínimo el espíritu de la pieza. El ambiente fue dado en forma exhaustiva, con un criterio esencialmente naturalista que conviene a la dinámica y a la indiosincrasia de los personajes. Bien es cierto que el director contó con un elenco sumamente capacitado, cada uno de cuyos integrantes tiene ya lucida trayectoria en nuestro ambiente. Además, si no estuviéramos en antecedentes sobre la obra, podríamos pensar que el autor la escribió teniendo en cuenta a estos cinco intérpretes, tan identificados se encuentran, física y espiritualmente con los personajes que encarnan.

Enrique Guarnero está insuperable en su papel de padre y Concepción Zorrilla insustituible en el de madre. Antonio Larreta hace un preceptor con todos esos recursos sutiles cuyo secreto sólo él conoce, y Graciela Gelós anima deliciosamente, con ingenua picardía a la chica Pam. En cuanto a Juan Jones, en el papel más espinoso de la obra y tal vez el más difícil de su carrera, exterioriza con sobriedad y mesura, los distintos estados de alma por los que atraviesa el personaje. Y es, sobre todo un trabajo de equipo equilibrado y eficiente que se desarrolla dentro de un marco decorativo sólido y funcional, resuelto con habilidad para mostrar sus distintos ambientes, por el escénografo Adolfo Halty.

Una iniciación auspiciosa, en suma, que puede tomarse como augurio feliz de sucesivos triunfos.

En el Victoria VOLVIO A ACTUAR AYER LA

dres
café
ena
olvi-
s y
lar-
le-
emo
into

nen-
ños.
enos
Pero
eguir
ner-